ADOLESCENTE EN OCTUBRE

Sergio Raúl Arroyo

Creo que casi nadie sabe cómo se inserta su pequeña historia en el registro de la gran historia. La cifra minúscula con frecuencia encierra la totalidad. A veces se trata de un impulso que responde a una fuerza poco prevista que fluye a contracorriente o que se desprende de algo inesperado. Nada más lejano de la verdad que la idea de leyes ciegas e inamovibles que dominan la Historia. Algunos de esos relatos mínimos contienen de modo concentrado todo lo ocurrido en la vida de la humanidad e invariablemente aparecen como si fuesen contados por vez primera.

Desde las culturas matrices, hasta los fenómenos y artefactos que caracterizan la trama del presente, los objetos y las genealogías se despliegan en realidades múltiples: mitos, imperios, guerras, máquinas, cosas, documentos y desastres, muchos desastres. Es entonces que buscamos los actos que nos explican en los rincones de la memoria hechos y obras que desdicen o confirman nuestros capítulos vitales. En ocasiones, acontecimientos y objetos —materializaciones de toda relación social—, parecen estar dotados de vida propia, inmunes a la voluntad humana.

Elias Canetti nos advierte sobre las trampas que ponen frente a nosotros los poderes que exigen la sumisión como una forma de la muerte, celadas casi siempre envueltas en promesas y futuros incumplidos, en los costos impagables de las revoluciones, en la desmemoria. La se-

Soldado dispara a estudiantes en la Vocacional 7, 1968. El Universal/M68/CCUT/UNAM ▸

milla de esas muertes nada tiene que ver con la muerte simple y llana, llegada como algo consustancial a la existencia, sino que se refiere a aquella muerte abierta en los umbrales de la violencia y en el veneno letal que encierran las mentiras perseguidas, del mismo modo que el caballo de tiro persigue la zanahoria inalcanzable. En todo aquello que recogemos sin ejercicio crítico está el origen de esa muerte que se siembra en el oprobio, en la masificación o en la dorada medianía. Canetti manifestó su aversión por los sistemas: cuando un sistema se autoproclama como algo consumado, entonces se cierran miles de ventanas, el mundo enceguece.

Trato de descifrar la historia de mi país, la que me ha tocado vivir, en segmentos intensos pero fragmentarios, a manera de una breve bitácora que describe días y fechas que son el testimonio personal de asombros provistos de preguntas y heridas abiertas. Pero la memoria toma distancia de la historia en tanto está mediada por la fuerza de los sentimientos. Lo sucedido se precipita y forma una constelación de imágenes que dibujan mi destino. Miro la inmensidad desde mi austero observatorio; limpio las telarañas y veo cómo se forma la biografía común que, al lado de otros, me ha tocado habitar. En unos cuantos párrafos intento redactar lo que tras una falsa lejanía vive en mí. Si es verdad que toda realidad nace y termina en un estallido, parte de nuestro oficio y nuestra biografía está en recoger y clasificar los fragmentos sobre los que nos ha tocado transitar. Es ese nuestro espejo roto:

Miércoles 2 de octubre de 1968. Es una tarde soleada del último tercio de la década de los sesenta. A los trece o catorce años se descifran con demasiada torpeza los frentes descarnados que nos presenta la realidad; una tentativa que me parecía no tendría término: contracultura, rock, literatura contestataria, formas alternativas de ser y pensar, etcétera, etcétera. Poco después de las cuatro de la tarde, el niño-adolescente que era, está trabajando en el negocio de su madre. Una hora antes, una tía había hecho una llamada telefónica para advertirles que desde la ventana de su oficina, ubicada en Insurgentes Centro, había visto pasar un convoy militar con rumbo al norte de la ciudad. Sugería que era peligroso asistir al mitin convocado por el Consejo Nacional de Huelga a las cuatro de la tarde, en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco.

Alrededor de las cinco de la tarde se alcanza a escuchar el tableteo de los disparos que sonarán casi hasta las once de la noche.

El muchachito había ido meses antes con sus tíos, apenas mayores de edad, a las marchas gigantescas del 27 de agosto y el 13 de septiembre, dos de las más memorables batallas cívicas que habían transitado por el Paseo de la Reforma y desembocado en el Zócalo. La normalidad se había roto de distintas formas. Un descarrilamiento de la obediencia y de la dócil credibilidad depositada en el gobierno. Madre y tíos, invariablemente inclinados a la izquierda, asumieron con seriedad la advertencia de la llamada telefónica.

El lugar donde se encuentra la casa-comercio estaba a unas diez cuadras de la Unidad Nonoalco Tlatelolco, modelo del desarrollo modernizador y de la "época de bienestar". Alrededor

de las cinco de la tarde se alcanza a escuchar el tableteo de los disparos que sonarán casi hasta las once de la noche. Alguien dice: "Los están matando"; la conjugación en presente provoca un sentimiento inédito que me atraviesa, combinación de miedo y frustración. Entonces el universo se convierte en una masa frágil y vulnerable. El *diazordacismo*, uno de los mayores ejemplos de depredación democrática, literalmente concibe al país como la isla intocada en la que se ha detenido la historia. Viene la confusión propiciada, la muerte deliberada, distante de toda ficción. Los signos de la derrota circularán los días siguientes en fotografías de publicaciones semiclandestinas o a todas luces clandestinas, en imágenes que representarán la otra verdad que exige credibilidad, frente a la prensa y la televisión perversamente cooptadas. En *Crónica de la intervención*, Juan García Ponce escribe:

> No hay historia, ni verdad, ni mentira. Solo existen fantasmas... los puros espíritus, no porque un cuerpo los alimente, sino porque ellos le dan sentido al cuerpo. Se podían recorrer hospitales y prisiones y prisiones que se negaban a sí mismas como prisiones. Se sabía que alguien había aparecido de pronto... toda institución tenía como único fin negarse a sí misma y esa irrealidad era su realidad, como muy pronto la realidad de la protesta estudiantil sería su disolución... como la realidad de toda persona o de todo suceso concreto se disuelve en el tiempo y la nada.

La historiografía oficial desconoció ese momento de la modernidad mexicana. Tras décadas, el registro solo apareció de modo eventual como una pálida anotación. El jueves 3 de octubre, mi tía Malú y yo recorrimos la plaza de Tlatelolco. Cientos de zapatos en las jardineras laterales. Cuadrillas de trabajadores de gobierno lavaban la explanada y los muros de los edificios, absortos en la misión de desaparecer las manchas perennes que dejó el autoritarismo priísta. Cito a Walter Benjamin: "Toda imagen del pasado no reconocida por el presente como algo que le incumbe, corre el riesgo de desaparecer irremediablemente." Según Emil Cioran, cada siglo tiene su Edad Media. Puedo potenciar la frase del rumano y constatar que muchos de nosotros, en menos de cien años, hemos vivido más de una Edad Media.

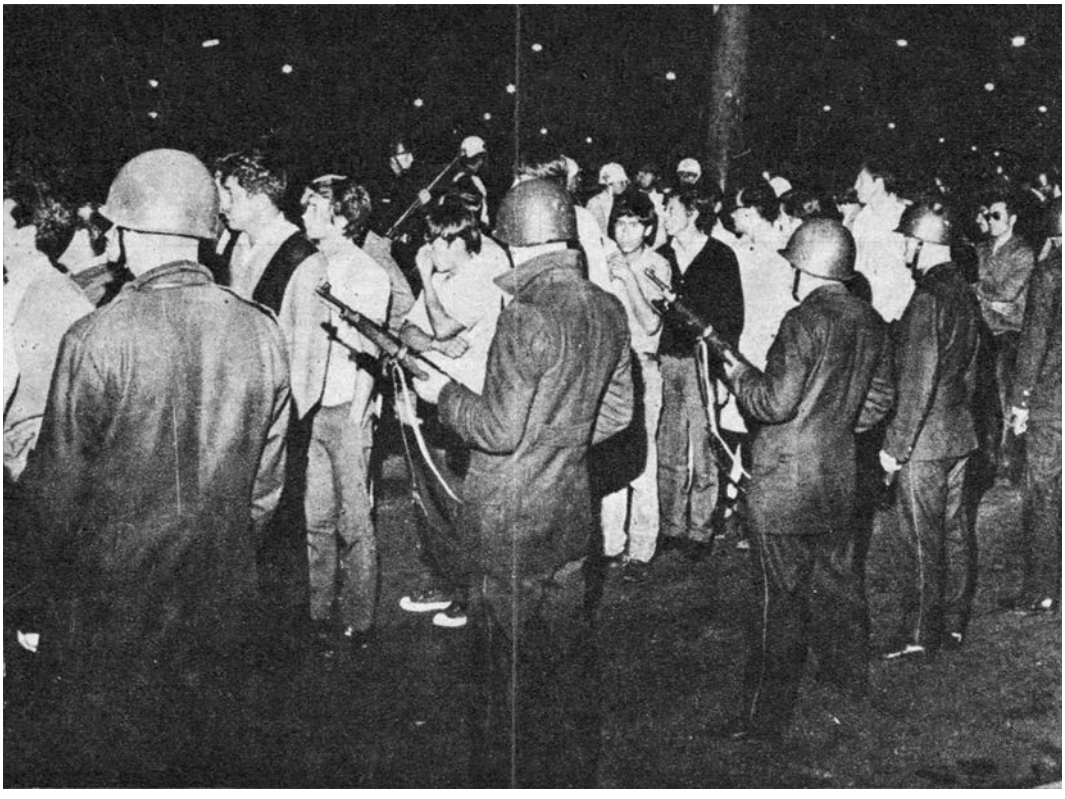
Una vez Carlos Monsiváis me dijo que Díaz Ordaz era el actor Claudio Brook en la película

©Jesús Martínez, sin título *[Paloma de la paz atravesada por una bayoneta]*, 1968. Fotografía Oswaldo Ruiz. Colección MUAC/DiGAV/UNAM. Cortesía del MUAC

El castillo de la pureza, el padre severo que encierra a su familia en la casa para que no sea contaminada por la realidad. Años después de ese aciago octubre, me pregunto si en nuestro mundo político no hay quien haya encarnado el papel del histrión Enrique Lucero, el cura linchador de San Miguel Canoa, aquel energúmeno que desde su púlpito atiza su poder y predica a partir de acusaciones y condenas, instrumentalizando el miedo de los creyentes y transformando a las víctimas en culpables.

Alguien calificó el subdesarrollo como la incapacidad de asimilar las experiencias. Los días que siguieron a Tlatelolco vieron surgir la Guerra Sucia que enfrentó a guerrilleros endurecidos con una represión gubernamental cruel e ilegal. En la misma *Crónica de la intervención*, García Ponce nos arroja una frase terrible: "Una matanza convierte cualquier lugar en un basurero." Casi cuatro décadas más tarde, el adolescente al que hago referencia, desde un lugar de trabajo asignado por la Universidad Nacional, ya con la profesión de etnólogo, excavaría en ese basurero de la Historia. U

El 1 de junio de 2022 Sergio Raúl Arroyo recibió la Palma de la Academia Mexicana de Ciencias Antropológicas. Este fragmento corresponde al texto que leyó en la ceremonia quien fue fundador del Centro Cultural Universitario Tlatelolco de la UNAM y responsable del primer Memorial del 68. Una versión extendida del discurso se puede leer en la página digital de la *Revista de la Universidad de México*, disponible en https://www.revistadelauniversidad.mx/



Soldados vigilan una fila de detenidos, 1968. IISUE/AHUNAM